

Sobre la globalización

BY CONTEXTUALISING GLOBALIZATION FROM A SOCIOLOGICAL PERSPECTIVE IT IS POSSIBLE TO HIGHLIGHT THE EXPERIENCE OF INEQUALITY AS A FRUIT OF FRAGMENTATION. THE PROBLEM LIES IN THE ASSUMPTION OF LINEAR DEVELOPMENT IN THE GLOBALIZATION PROCESS. THIS SUPPOSITION GENERATES DEVIATIONS, AND POVERTY IS ONE OF THE MOST IMPORTANT ONES. FINALLY, AN ANALYSIS IS MADE OF THE FOUR DILEMMAS FACING WORLD GEOPOLITICS, TO CONCLUDE WITH THREE ALTERNATIVE PROPOSALS TO THE SITUATION DESCRIBED.

KEYWORDS: GLOBALIZATION, SOCIOLOGY, DEVELOPMENT, POORNESS.

I. EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN

Uno de los mayores retos de la globalización, como muestran las negociaciones para la suscripción mundial del protocolo de Kyoto, es el equilibrio ecológico. Ante este reto hay dos posturas: la de los que piensan que globalizar es dotar a todos de la misma capacidad de ensuciar y consumir que detentan los que más ensucian y consumen, y la de los que opinan que globalizar es dotar a todos de capacidad para persuadir a los que más ensucian y consumen de hacerlo a niveles sostenibles. Esto último implica una cierta regulación. El problema es que una apuesta decidida por la regulación ecológica de la economía y la actividad empresarial, conlleva para desmayo de algunos, un aumento del proteccionismo en base a ciertos controles ecológicos.

Cuando criticamos la bondad de esos controles nos olvidamos de que el sujeto y objeto económico no es individual sino colectivo. Este es quizá el punto central de la controversia del movimiento antiglobalización con el paradigma económico dominante (PED) y con la ideología que lo sustenta: el individualismo, que nace de una errónea apología de la libertad humana. La asumida ilusión de que sólo existen dos sujetos soberanos reconocidos como tales ha encumbrado al PED hasta identificarlo en ciertos ambientes como paradigma central de la cultura occidental. Es de todos sabido, que el concepto de soberanía en las sociedades contemporáneas ha venido a constituir un coto cerrado ásperamente guardado por dos sujetos

Ne001

José Pérez
Adán

Profesor titular de
Sociología.
Universidad de
Valencia
Jose.Perez@uv.es

que se abrogan con exclusividad el monopolio de su ejercicio. Esos dos sujetos sociales son los grandes protagonistas de la cultura moderna: el individuo y el estado. Tanto las diversas proclamaciones de los Derechos Humanos, como las constituciones de los distintos estados nacionales independientes, defienden respectivamente este monopolio de la soberanía para el individuo y el estado. En este contexto, la familia, los colectivos supranacionales, las iglesias, las comunidades vecinales o indígenas, y, sobre todo, la misma comunidad planetaria, como realidad cultural y social, se abren paso solo a duras penas y, principalmente, en los ámbitos privados. Su acceso al mercado se hace también regularmente a través y en la medida en que éstos sujetos colectivos están formados por individuos o reciben apoyo puntual por parte de los estados.

Sin embargo, la apertura de la soberanía a nuevos sujetos es indispensable para que a través de la actividad económica se puedan intentar corregir las disfunciones sociales que causa la exclusión en el contexto global. Esta apertura, a nuestro juicio, es, primariamente, de carácter cultural y ha de hacerse visible en el modo en el que conceptualmente se aprecian las diferencias entre el sujeto, el objeto y el sistema económicos.

Para entender la globalización hemos de reconocer al/os sujetos colectivos y, por ende, ser capaces de entender la sociedad como un sujeto diacrónico. La principal variable o factor de mutabilidad que consideramos los sociólogos es el tiempo, por esto la sociología y la historia son bastante más afines de lo que piensan los que ven al sociólogo inmerso en estadísticas y diseñando encuestas de opinión. Para nosotros los sociólogos, a diferencia de los historiadores, el tiempo futuro es también un factor de interpretación de la realidad ya que nuestro objeto de conocimiento, la sociedad, no sólo actuó en el pasado y actúa en el presente, sino que actúa también en el futuro por medio de todas las acciones de efecto diferido a largo plazo.

La consideración de la sociedad como un sujeto diacrónico incorpora en presente a los que han sido y a los que serán. La tradición, decía Chesterton, es la democracia de los muertos. Los que han sido están con nosotros en nuestras tradiciones, en nuestra cultura, usos y costumbres. Los que serán, están con nosotros en el legado que construimos, en la riqueza natural que les robamos, o en la energía y tecnología que escogemos.

Sin duda, el asunto que más directamente descubre la diacronía social como factor constitutivo del orden social, es el estudio de los problemas medioambientales. Es la naturaleza, o mejor, su absorción dentro de la sociedad como prisionera del designio de nuestros usos presurosos, lo que de manera más palpable nos hace ver que la sociedad se hace presente donde el tiempo todavía no cuenta.

Cuando pensamos en conceptos como el de “riesgo asumible” que a menudo esgrimimos para justificar la hipoteca social que supone localizar una planta nuclear en un lugar determinado o almacenar unos residuos activamente radioactivos durante decenas de miles de años en un cemen-

terio “seguro”, nos damos cuenta de que la sociedad vive a través de las generaciones. Y lo hace de manera más radical desde hace pocos años, cuando efectivamente hemos cerrado el espacio y extendido ilimitadamente el tiempo. Ahora nada está fuera de nuestros límites, nada fuera de nuestro alcance: más que nunca el tiempo social marca las horas de un reloj al que continuamente añadimos, quizá ilusoriamente, recorrido con los condicionantes de la deuda, las pensiones y los residuos.

Esto de la globalización parece, pues, que se extiende a través del tiempo, sin embargo, al porvenir no le conocemos. El desarrollo no tiene raíces. El desarrollismo, o la actitud de reconocer diferencias de excelencia o de salud colectiva y suponer consecuentemente que los caminos que llevan de una situación de menos desarrollo a más desarrollo ya están trazados, es una de las formas que tienen los poderosos de consolidar su posición hegemónica en el contexto global. Cuando un alguien colectivo piensa que otro alguien colectivo está peor que él, en cierta medida se propone como modelo de excelencia. Es como decir al menos desarrollado: “tú estás donde yo estaba antes, para llegar de la estación en la que te encuentras hasta en la que me encuentro yo ahora, tienes que recorrer el camino que yo he recorrido”. A veces este discurso va acompañado no ya sólo de la indicación de cuál es el camino, y de en qué dirección está la siguiente estación, sino del consejo de tomar el tren que pasa a tal hora, que irá a tal velocidad y que tendrá una locomotora reconocible como de mi propiedad.

Independientemente de que opinemos que la sólo tarea de detectar diferencias de desarrollo colectivo es tremendamente difícil pues hay que incluir, al menos, diversos y complejos parámetros morales, sociales, y económicos, la ingenuidad de pensar que el desarrollo tiene carácter unívoco delata una cierta prepotencia científica. Los criterios de excelencia social son siempre relativos en el sentido de que están contextualizados, al menos cultural y temporalmente hablando.

El desarrollo, como la salud física, es comparable generalmente por defecto. Se puede saber quién está más enfermo suponiendo que se sepa mucho de entre dos sujetos sometidos a examen, pero difícilmente se podrá saber quién de los dos está más sano en ausencia de sintomatologías patológicas. Por ello cuando alguien reconoce en otro alguien una disfunción que llama subdesarrollo, no hace más que descontextualizar un elemento. El apreciar que “yo tengo dos brazos y ese señor es manco” no me lo dice todo del manco, que puede, por otra parte, hablar en más lenguas que yo. Lo que aquí queremos recalcar es la contextualización: lo que yo tengo que desarrollar no es necesariamente lo que otro ya ha desarrollado. Las estaciones de llegada no están fijadas de antemano, las de partida difícilmente se identifican como similares, y, por último y lógicamente, las vías no están trazadas.

Queremos decir con esto que esa distinción entre países desarrollados y países en vías de desarrollo no nos parece adecuada: todos estamos en vías

de desarrollo, aunque marchemos por distintos trazados y a distinta velocidad. Cuando hablamos de desarrollo y de subdesarrollo en la sociedad global no hay que mirar alrededor: hay que mirarse a sí mismo (en sentido colectivo), con el objetivo de detectar cuáles son mis lacras y cuáles son mis virtudes y programar el trazado que lleva a la erradicación de las lacras y la consolidación de las virtudes.

2. LA FRAGMENTACIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

La fuerza opuesta a la globalización es la fragmentación, por eso, el aumento de la fragmentación del mundo es utilizado por el movimiento antiglobalización como testimonio de la hipocresía de los que desde el PED defienden la globalización. La fragmentación social es consecuencia del aumento de la desigualdad ocurrido en los últimos años. Se trata de un fenómeno de difícil explicación para los economistas neoclásicos, pero el hecho es obvio y conocido: en los últimos 20 años la distancia en percepción de renta entre el Norte y el Sur ha aumentado, al mismo tiempo que ha aumentado también en países paradigmáticos como los EE. UU., donde la distancia entre el 20% de la población más rica y el 20% de la población más pobre se ha incrementado. Las causas no derivan solamente del mal funcionamiento de las políticas económicas. Hay razones estructurales: culturales y morales, que debemos de tener en cuenta.

Un aspecto a considerar es que las desigualdades en renta podrían apuntar también desigualdades culturales que son en sí mismo positivas. Efectivamente, medir la riqueza en términos de incrementos porcentuales en el P.I.B., que es como desgraciadamente se mide a fin de cuentas, es tremendamente estrecho. Una estrechez que se manifiesta en no dar valor a las infraestructuras y en ignorar la riqueza no monetarizable como la riqueza moral y lo que ésta conlleva como los indicadores de estabilidad familiar y solidaridad, entre otros, que revelan síntomas de salud social. En el supuesto de satisfacción de las necesidades básicas, distintos niveles de riqueza, bien podrían representar la diferencia entre quien todo lo cuantifica en términos monetarios y quien tiene otros objetivos en la vida. La pregunta es: ¿es éste el caso que estamos considerando? Nos tememos que no. La uniformidad cultural impuesta desde el poder no permite suponer que las aspiraciones al bienestar alcanzado en otros lugares dejen de producirse entre los que menos tienen. Lo cual no parece objetable en principio. El problema radica fundamentalmente en las aspiraciones de los que más tienen; que son los que por tener más pueden reproducir su riqueza con más inversión. De hecho si medimos exclusivamente la riqueza que mide PED, las desigualdades se producen y aumentan porque los ricos son cada vez más ricos. La fragmentación social radica, pues, principalmente en la falta en la cultura económica vigente del concepto de suficiencia.

Hay otro contexto en el que la fragmentación debe ser analizada de manera más sosegada. Se trata de examinar lo que ha supuesto en la consolidación del espíritu de la Ilustración y en el desarrollo de lo que llama-

mos modernidad, la aparición del yo como sujeto social primigenio. En el análisis de los cambios sociales que ha producido la cultura de la modernidad, quizá el más interesante sea el análisis de la paralela pérdida de sentido comunitario y el auge del individualismo que produce la atomización. Esto denuncia también una fragmentación cultural donde la dignidad y la autonomía no se entienden ni se proponen de igual modo ante personas iguales en sitios distintos. Frente a este tipo de fragmentación milita precisamente el comunitarismo.

La fragmentación es el reverso de la globalización y juntas nos dan una imagen de pasmo: el mundo basura. Es el arrumbamiento de fragmentos que como en cualquier basurero llama la presencia de buitres y otras bestias carroñeras en busca de despojos. El movimiento antiglobalización identifica a estas bestias con los promotores de la globalización del mercado que no proponen a su vez la globalización de la dignidad humana.

3. LA EXPERIENCIA DE LA DESIGUALDAD GLOBALIZADA

El otro asunto, además del fenómeno de la fragmentación sobre el que pivota la valoración de la globalización, es el exámen de los problemas que afectan a los países menos industrializados y particularmente todo el contencioso relacionado con el desarrollo económico. Sobre este punto el casi olvidado E. F. Schumacher fue particularmente brillante al rechazar la idea del desarrollo por compartimientos estancos y criticar duramente la concepción lineal del desarrollo que propugna el PED.

Sabemos que la concepción lineal del desarrollo es heredera fundamentalmente de la *teoría de la modernización* (Rostow) y está conceptualizada de modo práctico en los diversos programas de desarrollo propuestos por organismos supranacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. De hecho, esta concepción debe mucho también a una teoría alternativa como la *teoría del subdesarrollo* (Gunder Frank), si bien esta última teoría afirma que los modelos de desarrollo propuestos a los países pobres son una manera de ejercer la dominación, mientras que la teoría de la modernización ve los modelos de desarrollo como una opción de los pobres para acceder a los privilegios del Primer Mundo. Desde ambas perspectivas, aunque se difiere en la explicación de las causas del subdesarrollo, se entiende que el subdesarrollo debe tender al desarrollo mediante un proceso de ajustes internos a nivel local y estructurales a nivel global. Este proceso, elaborado en modelos diversos, entre los que también podemos mencionar la *teoría de la dependencia* (el subdesarrollo periférico es dependiente y esta sujeto al desarrollo consolidado), constituye el camino que conduce de la situación de subdesarrollo a la de desarrollo, términos que se entienden generalmente de manera relativa y se miden todavía, como hemos dicho, en base a indicadores mayormente económicos como la renta per cápita.

El crecimiento económico estratifica a la población mundial de varias maneras. Para empezar, señalemos la falta de acuerdo sobre el mismo con-

cepto de riqueza o potencial de riqueza de un país, que podemos observar en los diferentes entendimientos de la competitividad como factor de crecimiento económico. Para unos (el *World Economic Forum*) la competitividad mide la habilidad de un país para obtener de manera sostenida altos rendimientos en el producto interior bruto per capita. Para otros, (el *Institute for Management Development*) la competitividad mide la capacidad de un país de crear valor añadido y así incrementar la riqueza nacional gestionando procesos y fuentes de riqueza, atrayendo capitales y desanimando competidores, e integrando estas prácticas en un modelo económico y social. Para los segundos, además de los indicadores estrictamente económicos, los indicadores políticos tienen una relevancia importante.

Esta segunda perspectiva es la más acertada, aún y cuando consideramos que se queda tremendamente corta pues habría que incluir indicadores estrictamente sociales, y también de naturaleza. Este mismo criterio es el utilizado por P. Bruckner al referirse a las patologías y a las enfermedades sociales que, como el individualismo, llevan a mucha gente a escapar de las consecuencias de sus propios actos en un intento de gozar de los beneficios de la libertad sin sufrir ninguno de sus inconvenientes, bien mediante el refugio en el infantilismo (la ausencia de responsabilidades asumidas) o bien, como dice también Bruckner, en la victimización (la perpetuación de la queja en la incapacidad de poner límite a los deseos).

En cualquier caso, un entendimiento certero del crecimiento económico, en la medida en que la Economía es una ciencia social y no una ciencia exacta, es uno de los más urgentes retos que tienen planteados los economistas. A la denuncia del fenómeno de la fragmentación social y de la estratificación resultante hay que unir un criterio de valoración que nos diga porqué es mejor para una sociedad tener un porcentaje de divorcios del 5% que del 50%, o porqué es mejor tener una vida media de 75 años que de 45. Esto implica un nuevo entendimiento del desarrollo y del crecimiento en el que tenemos que profundizar.

Muchos de los fundamentos del entendimiento actual del desarrollo todavía derivan a día de hoy de Adam Smith. Para el autor escocés la generación de crecimiento deriva de la división del trabajo, de la acumulación de capital, y de la innovación tecnológica. Smith subrayó ya en 1776 la importancia de la estabilidad política y legal para que la famosa "mano invisible" pudiese operar a través del mercado, dando a su vez la posibilidad de que con este sistema de comercio abierto y libre los países menos beneficiados pudiesen prosperar.

A principios del siglo XIX, D. Ricardo incorporó a este entendimiento del desarrollo, la noción de los rendimientos decrecientes. Ricardo decía que las sucesivas inyecciones de capital tendrían a rendir menores dividendos comparadas con las inmediatamente anteriores o, con lo que eventualmente llegará un momento en el que el crecimiento en riqueza se estancaría. En los años 50 de este siglo, R. Solow y T. Swan perfeccionaron estas aportaciones conformando el modelo de crecimiento neoclásico. Con este

modelo, el crecimiento continuado, solo es posible con la continua innovación tecnológica, que es considerada exógena al sistema, y los países pobres deberían, al partir de menos capital, tener un crecimiento más acelerado que los países ricos.

La experiencia, sin embargo, no confirma la teoría. Los países pobres han crecido sostenidamente en el último siglo menos que los países ricos. Por esto quizá, los neoclásicos, han buscado sin cesar una recomposición de sus modelos. P. Romer (1986) propuso incorporar en el concepto de capital, el capital humano, con lo que se podría permitir pensar que un país puede crecer en ausencia de innovación tecnológica siempre y cuando aumenten el conocimiento y las disposiciones de su fuerza de trabajo. Por otro lado, otros autores, han empezado a considerar a la tecnología como endógena al sistema, es decir dependiente de las políticas llevadas a cabo. Lo que en definitiva han hecho los neoclásicos es virar desde la concepción del mercado perfecto al mercado imperfecto (intervenido, si bien indirectamente) como el escenario más real y deseable. En este contexto, el crecimiento dependería no sólo de variables estrictamente económicas sino también políticas.

La experiencia, de nuevo, ha tirado por tierra la teoría. Contrariamente a lo asumido, y como muestra M. Olson (1996), y medido en sus propios parámetros, el crecimiento que miden los economistas neoclásicos, ha sido mayor en aquellos lugares donde se ha dado una menor intervención pública en la economía. La postura neoclásica, aún siendo la dominante entre los que se dedican a la ciencia económica, no sirve adecuadamente, en nuestra opinión, para medir el desarrollo que queremos medir. El problema está en que el neoclasicismo asume, mal que le cueste reconocerlo, el desarrollo lineal.

Nuestra crítica al concepto de desarrollo lineal se basa en cuatro premisas: la misma definición de desarrollo, la separación conceptual entre superestructura económica y preferencias, la contradicción entre valores culturales asumidos de distinto signo, y los condicionamientos de perpetuación. Vayamos por partes.

Por lo que se refiere a la **definición**, cualquier entendimiento reduccionista del desarrollo, que lógicamente será heredero de un entendimiento reduccionista del concepto de riqueza en el sentido que separe los ámbitos económico, social y político, peca, bien de arbitrario, o bien de economicista. En este sentido se entiende que la elección de unos indicadores para medir el desarrollo y no de otros, es una decisión arbitraria si no explicamos su justificación moral. Tenemos que tener en cuenta en base a qué códigos éticos o condicionamientos culturales se miden o usan preferentemente determinadas valencias para definir el bienestar. Desde este punto de vista la medición de indicadores de responsabilidad colectiva, de inserción comunitaria, de estabilidad familiar, de equidad entre los géneros, de democracia, de referentes éticos, de solidaridad, etc., es tremendamente relevante para la baremación relativa de niveles de desarrollo, como pro-

ponemos después. Por otro lado, la supuesta inclusión de estos indicadores en los de carácter económico, en el supuesto de que con la satisfacción de ciertos niveles de renta la calidad de vida surge por generación espontánea, no es más que una asunción economicista hecha a la ligera y sin ninguna evidencia empírica que la apoye.

Los modelos de desarrollo lineales que se están aplicando no tienen, por otra parte, una lógica democrática interna al **separar** conceptualmente la racionalidad de la planificación económica estatal de la racionalidad de las preferencias individuales. Si nos fijamos dónde actúan los organismos supranacionales en su intento por reintroducir a los países del Tercer Mundo en el camino del desarrollo, nos damos cuenta que esas actuaciones tienen lugar a un nivel exclusivamente superestructural. Se actúa sobre, se presiona, o se ilustra al gobierno de turno, que una vez obtenido el acuerdo o visto bueno, intenta implementar la política económica prevista. ¿En qué queda el poder de discreción de los sujetos económicos concernientes al elaborar sus preferencias? Ciertamente, como ya denunció Schumacher, el modo en que se practica la geopolítica económica a nivel mundial no es democrático por defecto del sistema y, lo que es peor, no pretende serlo. Se supone efectivamente que los interlocutores válidos son sólo los que tienen poder, que no son precisamente los agentes económicos individuales.

Esto lleva a una tercera objeción. Por olvido de las preferencias individuales, a menudo nos encontramos con entornos económicos en perenne **contradicción** interna. Así, por ejemplo, al asumir la irracionalidad (léase racionalidad neoclásica) de los comportamientos humanos, no se pretende ilustrarlos, con lo que ya no solo se toleran sino que se esperan y fomentan, actitudes consumistas en el marco de programas de austeridad económica. Mientras que la superestructura apuesta por el rigor presupuestario, la austeridad en el gasto público, o el control del déficit para impulsar el desarrollo o reunir las condiciones para obtener un crédito, nos encontramos con expectativas confirmadas de comportamientos consumistas en los estilos de vida dominantes en ese entorno. La desconexión que denuncia esta contradicción subraya la irrelevancia o la poca importancia que el poder del consumidor tiene en el concierto de poderes que rigen el sistema de intercambios mercantiles y sus defectos democráticos.

Por último, nos referimos expresamente a la **deuda externa**, que conforma el principal mecanismo de **perpetuación** de la carrera desarrollista. La deuda ata al sistema como una patología adictiva. Es un problema tremendamente serio que hay que analizar desde varios puntos de vista a la vez conjugando la visión del Norte, la del Sur y una visión omnicomprendensiva. Ciertamente, tanto la utilización demagógica de la deuda como instrumento de opresión por parte de los que piden su condonación sin más, como el ejercicio del poder de dominación a través de su uso, han de ser dos actitudes que hemos de conjugar desde una perspectiva global. Si la deuda se forma y genera intereses con el transcurso del tiempo, no está de

más que incorporemos dentro de un análisis histórico de la misma, los trasvases de riqueza no monetizable que han tenido lugar entre deudor y acreedor, como es el caso de la contaminación producida por CO₂ que padece el Sur y que produce el Norte. Tarea ésta tremendamente difícil, pero no por ello menos urgente.

4. LA POBREZA DE LA GLOBALIZACIÓN

Si queremos terminar de pintar el cuadro del conflicto y la diferenciación social del contexto de la globalización, hemos de considerar con cierta profundidad su más importante disfunción social, que a la postre genera las desviaciones, o mejor, los comportamientos asumidos como desviados, más notables. Nos referimos a la pobreza.

Como siempre, al referirnos a temas que afectan en cierta medida a la autopercepción social, hemos de tener el máximo cuidado en implementar la metodología adecuada. Para el sociólogo es fundamental la medición. Los problemas percibidos son problemas medidos. La cuestión de la medición de la pobreza exige una aclaración previa en la línea de acotar el universo medible. ¿Qué medimos? ¿qué es pobreza?

Para nosotros pobreza es el estado que experimenta necesidad. Ciertamente, y de ahí que lo hallamos tratado antes, la medición de la pobreza implica el discurso sobre las necesidades humanas. Se comprende así que en nuestro planteamiento no quepan las definiciones implícitas de pobreza en base a la medición que hacen los que se dedican a baremar las rentas medias. Por ello no estamos de acuerdo con el entendimiento mayoritario que se hace de los conceptos de pobreza e indigencia en la literatura académica española, como la situación de los que viven con una renta inferior a la mitad de la renta media o los que viven con una renta inferior a un tercio de la misma respectivamente.

Desgraciadamente para nosotros la medición de la necesidad percibida es mucho más difícil que la de la renta disponible. Pero el reto no nos arredra. Es preciso saber con qué problema estamos lidiando porque la relación entre viabilidad social, conflicto, cambio y pobreza es capital.

La pobreza como nosotros la entendemos, pone a la propia cultura moderna en entredicho en más de un sentido. Quizá el sentido más obvio sea el de que la cultura moderna genera unas expectativas crecientes que no puede satisfacer. Si la necesidad es social y culturalmente construida, y la pobreza es una semilla de conflicto, la insatisfacción de las expectativas en un entorno limitado en el que, hemos de reconocerlo, todavía no está aceptada como virtud pública la austeridad, no puede sino generar desequilibrios. Por otro lado, como muy bien afirma Bauman, la cultura moderna tiene una natural inclinación a la intolerancia manifestada en la necesidad de diferenciar orden y planificación consciente de destino y azar, pues en época de crisis la alternativa es clara: u orden o caos. Esta diferenciación, que no es otra que la distinción entre lo que se puede incluir (lo previsible o lo “racional” en terminología económica) y lo que se debe excluir y que

por tanto no se tolera (la pobreza sería aquí una expectativa irracional como situación permanente), lo que realmente propone de manera más o menos consciente es la erradicación de los pobres de la planificación del futuro inmediato. A esta situación se ha referido acertadamente Friedmann al distinguir a los domicilios pobres como aquellos donde no se dispone del poder y la libertad suficientes para mejorar de manera consciente la situación de los que los habitan.

Pero hay otro sentido en el que la cultura moderna encuentra su nudo gordiano en el estudio y comprensión del problema de la pobreza. Veamos para ello, los cuatro dilemas con los que se enfrenta la geopolítica mundial al considerar a la pobreza como un estado transitorio y por tanto susceptible de mejora.

El *primer* dilema es la apuesta bien por el crecimiento o bien por la redistribución de la riqueza. La confirmación de las políticas neoliberales en los foros internacionales desde principios de los años 80 ha minimizado considerablemente la tarea redistributiva de la función pública. Al mismo tiempo, el desequilibrio de rentas ha aumentado y con ello el desempleo, mientras que la capacidad de acceso a la tierra en los países en desarrollo se ha reducido. La apuesta por el crecimiento que consagra el neoliberalismo ha desplazado los intentos de distribución.

El *segundo* dilema enfrenta a la delimitación política de las necesidades con la delimitación tecnológica de las mismas. Básicamente la cuestión es ver si las necesidades deben de ser delimitadas desde la base a través del discurso político, o por el contrario, deben de ser propuestas a través de cálculos más o menos exactos sobre la disponibilidad de tecnologías concretas ofertadas desde arriba. La experiencia de los últimos años sobre la aparente irreversibilidad de la implantación tecnológica según criterios ajenos a la deliberación política local ha marginado a los pobres: las decisiones sobre los posibles estilos de vida son tomadas por otros.

El *tercer* dilema contrapone producción y consumición. Se trata de saber si la planificación posible para la satisfacción creciente de necesidades debe de estar orientada al aumento de la capacidad de consumición de los pobres o a su capacidad de producción. De acuerdo con los problemas de crédito y las crisis de deuda generalizadas desde los 80, los organismos internacionales, y principalmente el FMI, han tendido a evitar los subsidios para la consumición pensando que a la larga favorecerían la producción. De hecho la apuesta por la producción generó un gran aumento de la economía informal en muchos países en detrimento de la tarea de amparo que podrían efectuar los gobiernos para con sus grupos más desfavorecidos.

Y el *cuarto* dilema pondría en competencia la planificación y el mercado. La apuesta decidida por el mercado terminaría por arrinconar la labor distributiva de la gestión pública en los países menos pudientes que al final se aliaría con el mercado y las nacientes economías informales en un abierto abrazo con la corrupción generalizada.

El resultado de esta serie de decisiones favoreciendo el crecimiento económico acelerado, el poder de las élites tecnológicas, la producción, y los mercados, ha deparado un panorama que la cultura que alimenta estas decisiones se niega a reconocer: la deteriorización de las condiciones en medio de las cuales se reconoce la necesidad. Es en este otro sentido en el que la pobreza pone en entredicho la cultura dominante.

Los informes sobre Desarrollo Humano publicados por las Naciones Unidas, aún contando con indicadores que a nuestro juicio pecan de economicismo delatan gran parte de las disfunciones que generalizan la pobreza en el mundo. A falta de apreciaciones exactas sobre las insatisfacciones de necesidades (la ONU todavía basa gran parte de sus estadísticas en los datos suministrados sobre capacidad adquisitiva y disposición de servicios) los informes se apoyan en la apreciación que se hace de la necesidad desconocida en base a los conocimientos y la experiencia acumulados en los últimos años, para afirmar sin ambages que nunca antes en la historia de la humanidad la pobreza había venido a ser un estado tan generalizado.

Las estrategias de cambio están servidas. Tenemos que avanzar nuevas propuestas para alcanzar un mejor entendimiento del problema de la pobreza en el mundo contemporáneo. Problema del que somos conscientes solo muy tangencialmente. Estas propuestas incluirían a nuestro juicio las siguientes premisas:

- las necesidades deben de entenderse en su contexto sociocultural, por ello las estrategias de maximización del crecimiento, por sí solas, no son suficientes para la minimización de la pobreza;

- la pobreza no se puede medir en base a la renta; una mayor sofisticación estadística es necesaria para calibrar la calidad de vida y las aspiraciones individuales;

- la disposición del ejercicio del poder, la libertad de iniciativa, y la independencia efectiva son requerimientos indispensables para que la capacidad de satisfacer las propias necesidades pueda ejercerse; si ello implica introducir cambios de relevancia en la geopolítica global, estos deberán producirse. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Ballesteros, J. (1989). *Postmodernidad: decadencia o resistencia*, Madrid: Tecnos.
- Bauman, Z. (1991). *Modernity and Ambivalence*, Cambridge: Polity.
- Beck, U. (1995). *Ecological Politics in an Age of Risk*, Cambridge: Polity.
- Bruckner, P. (1996). *La tentación de la inocencia*, Barcelona: Anagrama.
- Daly, Herman y Cobb, John C.(1989). *For the Common Good*. Boston: Beacon Press, (Existe traducción castellana, México, 1993).
- Etzioni, A. (2001). *La Tercera Vía hacia una buena sociedad*, Madrid: Trotta.
- Friedmann, J. (1992). *Empowerment. The Politics of Alternative Development*, Cambridge: Blackwell.
- Krugman, P. (1994). *Peddling Prosperity*, Nueva York: W.W.Norton.
- Mingione, E. (1993). *Las sociedades fragmentadas*, Madrid: MTSS.
- Pérez Adán, J. (1999). *La Salud Social*, Madrid: Trotta.
- Pérez Adán, J. (ed.) (2001). *Las Terceras Vías*, Madrid: Ediciones Internacionales.
- Schumacher, E. F. (1980). *El buen trabajo*, Madrid: Debate.
- Sen, A. (2000). *Development and Freedom*, Oxford: OUP.
- Tam, H. (ed.) (2001). *Progressive Politics in the Global Age*, Cambridge: Polity Press.
- Vicens, J. (1995). *El valor de la salud*, Madrid: Siglo XXI.